



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles, 25 de febrero de 1987

Jesucristo, Mesías "Profeta"

1. Durante el proceso *ante Pilato, Jesús*, al ser interrogado si era rey, primero niega que sea rey en sentido terreno y político; después, cuando Pilato se lo pregunta por segunda vez, responde: "Tú dices que soy rey. *Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad*" (Jn 18, 37). Esta respuesta une la misión real y sacerdotal del Mesías con la característica esencial de la misión profética. En efecto, el Profeta es llamado y enviado a dar testimonio de la verdad. Como testigo de la *verdad él habla en nombre de Dios*. En cierto sentido es la voz de Dios. Tal fue la misión de los Profetas que Dios envió a lo largo de los siglos a Israel.

En la figura de David, rey y profeta, es en quien especialmente *la característica profética se une a la vocación real*.

2. La historia de los Profetas del Antiguo Testamento indica claramente que la tarea de proclamar la verdad, al hablar en nombre de Dios, es antes que nada un *servicio*, tanto en relación con Dios que envía, como en relación con el pueblo al que el Profetas se presenta como enviado de Dios. De ello se deduce que *el servicio profético no sólo es eminente y honorable, sino también difícil y fatigoso*. Un ejemplo evidente de ello es lo que le ocurrió al Profeta Jeremías, quien encuentra resistencia, rechazo y finalmente persecución, en la medida en que *la verdad proclamada es incómoda*. Jesús mismo, que muchas veces se refirió a los sufrimientos que padecieron los Profetas, los experimentó personalmente de forma plena.

3. Estas primeras referencias al carácter ministerial de la misión profética nos introducen *en la*

figura del Siervo de Dios (Ebed Yahvéh) que se encuentra en *Isaías* (y precisamente en el llamado “Deutero-Isaías”). En esta figura la tradición mesiánica de la Antigua Alianza encuentra una expresión especialmente rica, e importante, si consideramos que el Siervo de Yahvéh, en el que sobresalen sobre todo las características del *Profeta*, une en sí mismo, en cierto modo, también la cualidad del *sacerdote* y del *rey*. Los *Cantos* de *Isaías* sobre *el Siervo* de Yahvéh presentan una síntesis veterotestamentaria del Mesías, abierta a ulteriores desarrollos. Si bien están escritos muchos siglos antes de Cristo, sirven de modo sorprendente *para la identificación de su figura*, especialmente en cuanto a la descripción del Siervo de Yahvéh sufriente: un cuadro tan justo y fiel que se diría que está hecho teniendo delante los acontecimientos de la Pascua de Cristo.

4. Hay que observar que el término “Siervo”, “*Siervo de Dios*”, se emplea abundantemente en el Antiguo Testamento. A muchos personajes eminentes se les llama o se les define “siervos de Dios”. Así *Abraham* (*Gén 26, 24*), *Jacob* (*Gén 32, 11*), *Moisés*, *David* y *Salomón*, los *Profetas*. La Sagrada Escritura también atribuye este término a algunos personajes paganos que cumplen su papel en la historia de Israel: así, por ejemplo, a Nabucodonosor (*Jer 25, 8-9*), y a *Ciro* (*Is 44, 26*). Finalmente, *todo Israel* como pueblo es llamado “*siervo de Dios*” (cf. *Is 41, 8-9*; *42, 19*; *44, 21*; *48, 20*), según un uso lingüístico del que se hace eco el Canto de María que alaba a Dios porque “auxilia a Israel, su siervo” (*Lc 1, 54*).

5. En cuanto a los *Cantos* de *Isaías* sobre el *Siervo de Yahvéh* constatamos ante todo los que se refieren no a una entidad colectiva, como puede ser un pueblo, *sino a una persona determinada* a la que el Profeta distingue en cierto modo de Israel pecador: “*He aquí a mi siervo, a quien sostengo yo* -leemos en el primer Canto-, *mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él; él dará el derecho a las naciones. No gritará, no hablará recio ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue... sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra...*” (*Is 42, 1-4*). “Yo, Yahvéh... te he formado y te he puesto por alianza del pueblo y para luz de las gentes, *para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del calabozo a los que moran en las tinieblas*” (*Is 42, 6-7*).

6. El segundo Canto desarrolla el mismo concepto: “Oídme, islas; atended, pueblos lejanos: *Yavé me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre me llamó por mi nombre. Y puso mi boca como cortante espada, me ha guardado a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba*” (*Is 49, 6*). “Dijo: *ligeramente es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob... Yo te he puesto para luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra*” (*Is 49, 6*). “El Señor, Yahvéh, me ha dado lengua de discípulo, para saber sostener con palabras al cansado” (*Is 50, 4*). Y también: “Así se admirarán muchos pueblos y los reyes cerrarán ante él su boca” (*Is 52, 15*). “El Justo, mi Siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos” (*Is 53, 11*).

7. Estos últimos textos, pertenecientes a los *Cantos* tercero y cuarto, nos introducen con realismo impresionante en el *cuadro del Siervo Sufriente* al que deberemos volver nuevamente. Todo lo que dice Isaías parece anunciar de modo sorprendente lo que en el alba misma de la vida de Jesús predecirá el santo anciano *Simeón*, cuando lo saludó como “*luz para iluminación de las gentes*” y al mismo tiempo como “*signo de contradicción*” (cf. *Lc 2, 32. 34*). Ya en el libro de Isaías la figura del Mesías emerge como Profeta, que viene al mundo para dar testimonio de la verdad, y que precisamente a causa de esta verdad será rechazado por su pueblo, llegando a ser con su muerte motivo de justificación para “muchos”.

8. Los Cantos del Siervo de Yahvéh encuentran amplia *resonancia en el Nuevo Testamento*, desde el comienzo de la actividad mesiánica de Jesús. Ya la descripción del *bautismo* en el *Jordán* permite establecer un paralelismo con los textos de Isaías. Escribe Mateo: “Bautizado Jesús. .. he aquí que se abrieron los cielos, y vio *al Espíritu de Dios* descender como paloma y venir sobre Él” (*Mt 3 16*); en Isaías se dice: “He puesto mi espíritu sobre Él” (*Is 42, 1*). El Evangelista añade: “Mientras una voz del cielo decía: *Esté es mi Hijo amado*, en quien tengo mis complacencias” (*Mt 3, 17*), y en Isaías Dios dice del Siervo: “Mi elegido en quien se complace mi alma” (*Is 42, 1*). Juan Bautista señala a Jesús que se acerca al Jordán, con las palabras: “*He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (*Jn 1, 29*), exclamación que representa casi una síntesis del contenido del Canto tercero y cuarto sobre el *Siervo de Yahvéh* sufriente.

9. Una relación análoga se encuentra en el fragmento en que Lucas narra las primeras palabras mesiánicas pronunciadas por Jesús en la *sinagoga de Nazaret*, cuando Jesús lee el texto de Isaías: “EL Espíritu del Señor está sobre mi, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista: para poner en libertad a los oprimidos, par anunciar un año de gracia del Señor” (*Lc 4, 17-19*). Son *las palabras del primer Canto sobre el Siervo de Yavé* (*Is 42, 1-7*; cf. también *Is 61, 1-2*).

10. Si miramos también la vida y el ministerio de Jesús. El se nos manifiesta como el Siervo de Dios, que trae la *salvación a los hombres*, que los *sana*, que los libra de su iniquidad, que los quiere ganar para Sí *no con la fuerza, sino con la bondad*. El Evangelio, especialmente el de San Mateo, hace referencia muchas veces al libro de Isaías, cuyo anuncio profético se realiza en Cristo: así cuando narra que “ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal los curaba, *para que se cumplierse lo dicho por el Profeta Isaías*, que dice: El tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias” (*Mt 8, 16-17*; cf. *Is 53, 4*). Y en otro lugar: “Muchos le siguieron, y los curaba a todos... *para que se cumpliera el anuncio del Profeta Isaías: He aquí a mi siervo...*” (*Mt 12, 15-21*), y aquí el Evangelista narra un largo fragmento del primer Canto sobre el Siervo de Yahvéh.

11. Como los Evangelios, también los *Hechos de los Apóstoles* demuestran que la primera generación de los discípulos de Cristo, comenzando por los Apóstoles, está profundamente convencida de que en Jesús se cumplió todo lo que el Profeta Isaías había anunciado en sus

Cantos inspirados: *que Jesús es el elegido Siervo de Dios* (cf. por ejemplo, *Act 3, 13; 3, 26; 4, 27; 4, 30; 1 Pe 2, 22-25*), *que cumple la misión del Siervo de Yahvéh* y trae la nueva ley, es la luz y alianza para todas las naciones (cf. *Act 13, 46-47*). Esta misma convicción la volvemos a encontrar también en la “didajé”, en el “Martirio de San Policarpo”, y en la primera Carta de San Clemente Romano.

12. Hay que añadir un dato de gran importancia: Jesús mismo habla de Sí como de un siervo, aludiendo claramente a *Is 53*, cuando dice: “El Hijo del hombre *no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos*” (*Mc 10, 45; Mt 20, 28*) y expresa el mismo concepto cuando lava los pies a los Apóstoles (*Jn 13, 3-4; 12-15*).

En el conjunto del Nuevo Testamento, junto a los textos y a las alusiones a al primer Canto del Siervo de Yahvéh (*Is 42, 1-7*), que subrayan la elección del Siervo y su misión profética de liberación, de curación y de alianza para todos los hombres, el mayor número de textos hace referencia al Canto tercero y cuarto (*Is 50, 4-11; 52, 13-53, 12*) *sobre el Siervo Sufriente*. Es la misma idea expresada de modo sintético por San Pablo en la Carta a los Filipenses, cuando hace un himno a Cristo: “el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino *que se despojó de Sí mismo tomando la condición de siervo* y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a Sí mismo, *obedeciendo hasta la muerte*” (*Flp 2, 6-8*).

Saludos

Me es grato saludar ahora a los peregrinos de América Latina y de España presentes en este Encuentro.

De modo particular mi cordial saludo se dirige al grupo “Aulas de la Tercera Edad”. A vosotros que habéis tenido la dicha de alcanzar esta fase de la vida —época de merecido descanso y sosiego— os animo a dar testimonio de vuestra fe en Cristo, tan necesaria para el hombre de hoy y la sociedad actual.

A los numerosos jóvenes estudiantes, llegados de Madrid, Málaga y Palma de Mallorca, deseo agradecer vuestra presencia. Queridos amigos, en esta etapa tan importante de la existencia humana estad seguros de que contáis con el apoyo y la plegaria del Papa. Confíad en Jesús que os ama de manera especial, sólo así seréis capaces de romper las fronteras del egoísmo y de la inhibición, y la plena dimensión del amor fraterno será una realidad en vuestros corazones.

A todos os imparto mi bendición apostólica.

